



Nasrudín: un maestro de la vía negativa

Oscar Brenifier

Traducción de **Gabriel Arnaiz**

A) La vía negativa

Al comienzo del diálogo *Hippias menor*, el sofista Hippias y Sócrates inician una discusión acerca de quién de los dos personajes se comporta mejor en *La Ilíada*, si Ulises o Aquiles. El debate se centra sobre el problema de la mentira: Hippias sostiene que Aquiles es mejor persona que Ulises porque él no miente, mientras que Ulises es más astuto y no vacila en pronunciar discursos falsos. En un determinado momento de la discusión, Sócrates muestra que Aquiles también hace afirmaciones que no son ciertas, pero Hippias defiende a su héroe argumentando que Aquiles no miente de manera consciente, simplemente cambia de opinión, aunque en todo momento es sincero. El debate termina cuando Sócrates replica que Ulises es mejor que Aquiles, ya que cuando miente sabe perfectamente que está mintiendo, por lo que podemos concluir que conoce la verdad mejor que Aquiles.

Nos gustaría utilizar este ejemplo de un texto filosófico clásico para introducir lo que nosotros denominamos la *vía negativa* de la práctica filosófica. Hablamos de «filosofía negativa» de manera similar a cómo este concepto solía utilizarse en teología (la llamada «teología negativa»), donde generalmente se empleaba para determinar, por ejemplo, la naturaleza de Dios a través de la negación de lo que no era. Del mismo modo, Sócrates defiende la mentira para defender la verdad, con la misma ironía con la que afirma su propia ignorancia para poder enseñar. Este comportamiento, que Sócrates pone en práctica aquí de manera conceptual y racional, podemos encontrarlo también —aunque de manera más lúdica— en el payaso, el actor, el novelista, el humorista o el caricaturista. Estos modos de expresión tan comunes describen ciertos comportamientos, personajes y situaciones con el fin de criticarlos, proponiendo precisamente lo opuesto de lo que representan. Así, el personaje presuntuoso, el egoísta, el hipócrita, el ambicioso o cualquier otro defecto que presente cualquier otra conducta similar, serán presentados de manera tan ridícula, grosera y exagerada que su misma escenificación constituirá una crítica evidente para todos aquellos que padecen estos defectos. Esto se hace con el fin de animarles a que pongan en práctica la cualidad opuesta o, al menos, a cumplir con la obligación de «conocerse a uno mismo».

Un aspecto interesante de este esquema se encuentra en la gran proporción de «sobrentendidos» de estas modalidades de expresión, que dejan un amplio margen a la ambigüedad y, al mismo tiempo, mucho espacio para la libertad, puesto que no agotan su significado por completo y permiten múltiples representaciones e interpretaciones. La aparición de la comedia en la Europa renacentista es un claro ejemplo de esta libertad de crítica, tanto en la sociedad como en el ámbito político, y, por consiguiente, también de la libertad de pensamiento. La razón que permitía al bufón representar su papel y burlarse incluso del rey sin recibir por ello un castigo era precisamente esta tremenda ambigüedad que autorizaba, por ejemplo, el uso de inspirados juegos de palabras. De la boca del bufón podían surgir críticas durísimas, pero de manera tan indirecta que si alguna persona se sentía ofendida, sería ella misma quién se pondría en evidencia, convirtiéndose en el hazmerreír de todos los

presentes. Una buena ilustración de este principio general es la concepción barroca de la vida, en la que el mundo y el escenario forman una única entidad y donde nos convertimos en un espectador imparcial de nosotros mismos.

Filosofía como ciencia

Pero mientras que la teología negativa es pura mística y la comedia un simple espectáculo, se supone que la filosofía consiste en una actividad de tipo científico que fundamenta su práctica en la razón, la lógica y la demostración y que está destinada a edificar sistemas especulativos. Por este motivo, la ambigüedad, las insinuaciones, las alusiones, las exageraciones y cualquier otro «truco literario» no suelen ser muy bien recibidas. En este sentido, podemos recordar las lecciones de Hegel sobre Platón, en las que afirmaba que cuando Platón nos cuenta una historia como el mito de la caverna, en ese preciso momento el gran filósofo griego no está produciendo un discurso de tipo filosófico. Según la concepción hegeliana, la filosofía sólo puede ser racional y científica, herencia que modelará definitivamente la apariencia de la disciplina. En consecuencia, la imagen del filósofo, al igual que la naturaleza de sus producciones, tiende a ser sabia y directa, en lugar de estúpida e indirecta. Después de todo, no podemos olvidar que en una cultura basada en los valores cristianos el diablo se representa a través de «lo oblicuo»: el diablo es astuto (como un zorro), artero, pícaro, hábil y maligno. En francés, la palabra *malin* significa listo o astuto, pero también puede referirse al diablo, ya que proviene de la palabra latina *malus* (malo). La palabra inglesa *devious* (taimado, artero) tiene también esta connotación, puesto que lo que no es directo parece sospechoso y lo que se desvía de la norma es diabólico.

Por lo tanto, ser una buena persona implica decir la verdad, decir las cosas tal como son, comportarse de acuerdo con unos cánones establecidos de lo bueno y lo recomendable. De hecho, en el diálogo platónico anteriormente mencionado, Hippias muestra un aspecto fundamental del sofista que a menudo se oculta: el sofista es la persona que sabe, aquel que dice la verdad, el especialista de lo bueno, el técnico del conocimiento, el guardián de la corrección y de la moralidad. Por eso, cuando en los diálogos platónicos Calicles afirma que sólo debemos seguir nuestros impulsos y deseos, o cuando Gorgias aparece como alguien que reduce todo discurso a simple retórica, nos encontramos ante dos momentos que únicamente representan el intento de Sócrates por mostrar la inmoralidad intrínseca de esta posición. Como dijo Pascal: «La verdadera moralidad se burla de la moralidad». Y el conocimiento es en sí mismo inmoral, por sus pretensiones y su hipocresía, su total negligencia de la virtud, su desdén por lo bueno y fundamentalmente por su ignorancia del ser, su ausencia de ser. El discurso moral y racional es simplemente el discurso de la conveniencia y de la convención, de la buena conciencia: esa corrección filosófica que Nietzsche tilda de «pequeña razón», en oposición a la «gran razón» de la vida, o lo mismo cuando denuncia el concepto ilusorio de conciencia humana. Aunque esta corriente *negativa* de la filosofía no constituye la corriente hegemónica —e incluso se opone a ella—, se mantiene en general como *la otra* filosofía: su hermana enemiga, su sombra, su crítica mordaz.

Antifilosofía

Esta corriente minoritaria de la filosofía, esta antifilosofía, que prefiere mostrar e impactar antes que decir y explicar, está ya muy presente y visible dentro de la propia filosofía, por ejemplo, en el personaje de Sócrates y en su devastadora ironía: esa forma de discurso que dice lo contrario de lo que dice. Es una ironía histórica que sea precisamente Sócrates (a quien consideramos como el padre fundador de la filosofía, su héroe y su mártir) una persona que predica lo falso para saber la verdad, e incluso aún peor, alguien que afirma que estamos condenados a la mentira, puesto que la verdad no puede conocerse. Alguien así necesariamente tenía que morir, pues no se puede tolerar a un filósofo que predica este tipo de antilógica, como por ejemplo, en el diálogo *Parménides*, donde cada proposición y su contraria son defendibles e indefendibles. Si lo falso es verdadero y lo verdadero es falso, ya no sabemos a qué atenernos, ya no podemos saber ni siquiera si existimos, y el suelo bajo nuestros pies desaparece por completo. Pero también se nos proporciona una asombrosa libertad: el derecho a pensar lo impensable, hasta llegar al absurdo. No obstante, esta dimensión agonística de la alteridad, este paso al otro lado del espejo, esta consideración fragmentaria de un solo aspecto de la realidad que rechaza el establecimiento de cualquier sistema, de cualquier mapa ético y conceptual, es insoportable, tanto para el hombre común como para el hombre «cultivado», puesto que ambos, por muy cultos o simples que sean, forman parte de la jerarquía de lo evidente y del sentido común, una cosmovisión en la que la coherencia debe darse por supuesta.

En este contexto, el cínico, con su completa falta de respeto por todas las cosas y todas las personas, nos proporciona un interesante ejemplo histórico: es el único caso de una escuela filosófica cuyo nombre puede utilizarse también para reprochar moralmente a alguien. Exactamente igual que con el concepto de nihilismo, a pesar de que Nietzsche intentara mostrar justo lo contrario, esto es, que los nihilistas no son esas personas que a primera vista podríamos parecernos. Lo que intentan enseñarnos, tanto el cinismo como el nihilismo, y lo que tienen en común con el método socrático, es su poder de negación y su poderosa dosis de desprecio. Lo importante no es aprender sino desaprender. No hay que enseñar principios, al contrario: hay que corroer esos principios para que podamos pensar. El pensamiento se concibe en gran medida en oposición al conocimiento, siendo éste una posesión de ideas fijas que cristalizan, esterilizan y fosilizan los procesos mentales. Por lo tanto, el primer objetivo del maestro —si es que éste es un auténtico maestro— consiste en deshacer o romper los nudos que el conocimiento representa, un conocimiento caracterizado como opinión (ya se trate de la opinión común o de la opinión educada, como distingue Sócrates), para liberar así la mente y el pensamiento. Del mismo modo que en las prácticas orientales —por ejemplo, en el Zen— es necesario cortocircuitar nuestros pensamientos habituales, comprenderlos a través de algún efecto impactante o de alguna paradoja conceptual, del análisis crítico o de algún tipo de comportamiento extraño, lo que afortunadamente produciría algún tipo de iluminación. Y cuando nuestra mente despierte, sabremos dónde ir, ya que la mente tiene una inclinación natural al pensamiento, salvo que se dificulte la actividad que le es propia.

Dialécticas

«No hay duda de que es la certeza lo que nos vuelve locos», dice Nietzsche. Aunque la abrupta interpelación nietzscheana no es como el laborioso interrogatorio socrático, ambos coinciden en la misma idea: no debemos dejarnos aprisionar por

nuestros propios pensamientos. Los pensamientos que tenemos nos impiden producir otro tipo de pensamientos y muy especialmente si nos encontramos ante ese tipo de principios generales que determinan lo que es aceptable y lo que no. Este proceso ya fue descrito por Heidegger, cuando dice que «lo que más da que pensar en esta época problemática es que aún no pensamos». Es decir, si queremos pensar debemos convertirnos en un extranjero, en un extraño para nosotros mismos; debemos alienarnos de nuestro ser para poder ser verdaderamente. Estas hipótesis constituyen el núcleo de la función filosófica tal como nosotros la concebimos y fundamentan nuestra propia práctica filosófica. Por consiguiente, la negatividad constituye una parte importante de nuestra actividad filosófica y de la actividad que proponemos a nuestro interlocutor. El trabajo de negatividad, de una manera más conceptual (tal como Hegel y otros filósofos lo han definido) consiste en el trabajo de crítica: el momento crucial que permite y condiciona el proceso dialéctico. Es lo que el filósofo alemán define como el momento posterior a «A es A», es decir: «A es no A». La otra forma de negatividad que aquí nos incumbe está más relacionada con una dialéctica sin fin en la que el momento sintético que traza el camino hacia lo absoluto no está definido y ni siquiera es necesario. Ésta es la concepción de la dialéctica que encontramos en filósofos como Heráclito, Sócrates, Kant y algunos más: la perspectiva aporética, la antinomia, la tensión sin fin que se dirige al vacío o al abismo, dejándonos con una fuerte e intuitiva presencia de lo absoluto pero de tipo inefable; ese pensamiento que Platón denomina «principio supremo anhipotético» (*unhypothetical*), lo incondicionado que condiciona lo condicionado, el punto de fuga indescriptible desde donde puede describirse cualquier perspectiva.

Esta concepción general puede parecerle bastante extraña a la persona «razonable», «racional», práctica, con «sentido común», para quien todo esto más bien parece algo irracional, inútil, misterioso o incluso místico. Pero en realidad es un principio muy simple: lo que aquí funciona es algo similar a la teoría platónica de la reminiscencia. Ya conocemos todo, lo único que tenemos que hacer es recordarlo, un recuerdo que debe ser el trabajo del filósofo en cada uno de nosotros. No sabemos porque olvidamos y especialmente porque no queremos saber, porque preferimos no saber. Por ello es inútil querer explicarle algo a quien no desea conocerlo. La única opción consiste en atraer su atención hacia su propia actitud mediante algún tipo de estratagema que pueda sorprenderle o cautivarle y entonces pueda conocer por sí mismo (a menos que su voluntad de saber sea muy profunda).

Métodos

La forma en que Sócrates producía este impacto cognitivo en sus interlocutores era a través del cuestionamiento, incitándoles a descubrir su propia incoherencia e ignorancia. Un proceso mediante el cual las personas podían dar a luz nuevos conceptos: la mayéutica. Para Heráclito, la lucha entre los contrarios engendra el ser, por lo tanto es la propia existencia de estos contrarios lo que nos permite pensar y ser. Para los cínicos, los prejuicios del ser humano están tan arraigados en su ser que el único modo de obligarle a pensar consiste en comportarse con él de la manera más abrupta posible: fornicando en público, comiendo con las manos, yendo desnudo por la calle, viviendo en un barril, fingiendo que los hombres no son hombres, etc. Todo este teatro debería impactar en la mente del individuo mucho más de lo que lo haría cualquier discurso. En el lejano oriente, el maestro responde con una paradoja extraña o actúa de forma extravagante y el discípulo debe meditar él solo sobre su significado, sin que el maestro le proporcione ninguna explicación. En algunas escuelas, el maestro no dudará incluso en actuar violentamente si con ello facilita el deseado efecto

«pedagógico». Esta perspectiva tan áspera será repulsiva para todos aquellos que piensan que la práctica filosófica debe conseguir que estemos a gusto y seamos felices. Y un enfoque muy «inmoral» en realidad, puesto que el individuo ya no constituye el fin de esta práctica, simplemente es un mero instrumento de la verdad. En una versión algo más moderada y formal, las antinomias kantianas son una reducción conceptual de la misma inspiración: «para pensar, debes saber que funcionas con una perspectiva parcial, a partir de un postulado limitado que podría ser invertido completamente sin ningún problema». Por ejemplo, la hipótesis de que el universo es finito no es menos válida que su contraria (la hipótesis de que el universo es infinito).

Para concluir, nos gustaría añadir algunas palabras sobre nuestra propia práctica filosófica, con el fin de aclarar brevemente cómo ésta se inscribe dentro de esa corriente filosófica de la *vía negativa*. Nuestro postulado fundamental es que muchas de las preguntas que nos planteamos y muchos de los problemas que nos atormentan tienen solución en nosotros mismos más que en cualquier otro lugar. Por lo tanto, la tarea principal que debemos desarrollar con la persona que se embarca en un diálogo filosófico con nosotros es ayudarle a ser consciente de sí misma. Primero, pidiéndole que sea consciente de su propia pregunta: mediante el análisis, la conceptualización, la explicación y otras formas de profundización en el significado y las implicaciones de su discurso. Segundo, invitando a esta persona a que observe cuidadosamente su forma de pensar y de comportarse, y que las enjuicie ella misma. En tercer lugar, instándole periódicamente a tomar en consideración el punto de vista contrario al suyo y a profundizar en esa perspectiva. En cuarto lugar, aceptar y disfrutar «lo impensable» que ella ha producido necesariamente durante el proceso, que muy probablemente estará relacionado de manera muy profunda con su problema personal o con su pregunta inicial. Esta forma particular de trabajar implica mucha resistencia por parte de nuestro interlocutor, a menudo aturdido por sus propias ideas. De ahí que tengamos que utilizar toda una serie de «trucos» para alcanzar nuestro objetivo y vencer el intenso deseo de engañarse a uno mismo y de contarse mentiras, es decir, de rechazar el poder de la negación. Algunos compañeros que han observado nuestra práctica critican el hecho de que nuestro trabajo opera fundamentalmente con palabras, como si las palabras fuesen reales por sí mismas. Estamos completamente de acuerdo con esta observación, puesto que para nosotros éste es el único modo de hablar sobre una práctica. Las palabras ya no son lo que nosotros queremos que sean, sino que ahora constituyen una sustancia objetiva que nos obliga a confrontarnos con una realidad «material», y ésta es el elemento clave que caracteriza la práctica y la distingue de la teoría. Esta violenta relación con las palabras es la que permite que el ser se haga visible, incluyendo la tremenda capacidad de éste para rechazar el poder de la negación. Y ésta es la razón por la que preferimos mostrar y actuar, en lugar de decir y describir, aunque nuestro trabajo esté constituido fundamentalmente por palabras e ideas.

B) El caso de Nasrudín

Entre los filósofos que pertenecen a la *vía negativa* de la filosofía, hemos elegido la figura de Nasrudín por diferentes razones.

La primera razón es que Nasrudín Hoya no existió como una persona real, y uno de los requisitos de nuestra práctica filosófica consiste precisamente en desarrollar en nuestros consultantes la capacidad de no existir. Nasrudín es más bien un mito que

otra cosa. Incluso en la ciudad turca de Aksehir (Anatolia) algunos pretenderán mostrarnos la tumba donde aparentemente fue enterrado Nasrudín en 1284. Si este ser histórico existió en realidad, sólo fue el punto de partida de un extenso «cuerpo» de historias. El héroe de estos cuentos absurdos y divertidos aparece en las más variopintas situaciones, pudiendo adoptar el papel de campesino, imán, barquero, predicador, doctor, maestro, juez, vagabundo, soltero, casado (con una o más esposas) y no duda en practicar la homosexualidad, como veremos más adelante. Aunque el elemento decisivo de esta dimensión mítica de su existencia lo constituye el hecho de ser periódicamente representado como el bufón de Tamerlán, después de que éste conquistase Turquía a finales del siglo XIV. Igual que Ulises, Nasrudín puede no ser nadie y al mismo tiempo ser todo el mundo: más que una persona concreta, representa una tradición —oral y escrita— de donde obtiene su fuerza como una escuela de vida más que como un héroe petrificado o una obra fosilizada, lo que está más en consonancia con su naturaleza. Su nombre puede incluso cambiar totalmente, pues desde el momento en que su fama se extiende por todo el Mediterráneo, su figura adoptará diferentes nombres en cada región o país, como, por ejemplo, el de Yiha, en la zona del Magreb. Incluso el mismo nombre turco de Nasrudín es muy común en esta parte del mundo (significa «gloria de la religión») y Hoya hace referencia al impreciso título de «maestro».

La segunda razón por la que hemos optado por este personaje es el aspecto popular de su persona y lo que se cuenta sobre él: la naturaleza de estos cuentos fácilmente lo convierten en un héroe popular; nos encontramos ante unas historias muy animadas y divertidas, y por lo tanto, eficientes y pedagógicas. Más allá de estos cuentos, cada oyente escuchará y entenderá según sus propios medios lo que buenamente pueda; fenómeno interesante de observar cuando uno cuenta estas narraciones a diferentes públicos. Aprenderemos mucho más cosas observando directamente las reacciones de quienes escuchan estas historias —a sus diversos niveles de complejidad, sutileza y abstracción— que escuchando largos discursos en los que se nos diga quiénes son esas personas y cómo piensan. Incluso la incompreensión de la historia puede sernos muy útil, puesto que nos remitirá a nuestra propia ignorancia o ceguera.

La tercera razón de haber elegido a Nasrudín es por la amplitud de las temáticas que cubren estas historias; precisamente porque son más bien el reflejo de una tradición que el trabajo de un autor particular. Sus cuentos abarcan cuestiones éticas, lógicas, de actitudes, existenciales, sociológicas, de pareja, políticas, metafísicas,... esta larga lista se obtiene de los numerosos problemas o paradojas que se le plantean a la persona que entra en contacto con este cuerpo de conocimiento crítico. La aparente ligereza de muchas de estas historias esconde una profunda comprensión de la realidad del ser, incluso aunque uno se mantenga en una comprensión más superficial y externa. Si el filósofo «tradicional» defiende que la conceptualización y el análisis (como el que ahora estamos desarrollando) son necesarias para que se constituya la actividad filosófica, nosotros podríamos responderle que esta formalización del concepto puede ocasionar una función esterilizante y producir la ilusión de conocimiento. Pero dejemos para otra ocasión el debate sobre la naturaleza y la forma de la filosofía. No obstante, aportamos una pista que puede servir como información contextual: nos referimos a la estrecha relación entre Nasrudín (contemporáneo y vecino del gran poeta místico Rumi) y la tradición sufí, lo que facilitó todavía más si cabe la transmisión de sus historias.

La cuarta razón que justifica nuestra elección reside en la personalidad terriblemente provocadora de este mito viviente. En un momento en el que la corrección política y filosófica promueve la ética y el «buen comportamiento» para maquillar la civilizada brutalidad de nuestra sociedad, Nasrudín puede sernos muy útil desde el momento en que posee todos los defectos que podamos imaginar: es

mentiroso, cobarde, ladrón, hipócrita, egoísta, maleducado, obsceno, perezoso, tacaño, mentiroso e impío, pero sobre todo es uno idiota y un estúpido, uno de los mejores. Nasrudín ofrece generosamente al lector todos estos grotescos rasgos de carácter para que éste pueda verse a sí mismo como en un espejo, aunque de un modo más visible, gracias a su exagerada deformidad. El «maestro» Hoya nos invita a examinar, aceptar y disfrutar del absurdo de nuestro yo (*self*), de la insignificancia de nuestro ser personal, como un modo de liberar nuestra mente y nuestra existencia de todas esas pretensiones cuyo propósito consiste en proporcionarnos una «buena conciencia», pero que no hacen otra cosa más que inducirnos compulsivamente a la mentira personal y social. La forma de comportarse de Nasrudín asesta un golpe, terrible y merecido, a esa idolatría del yo individual tan característica de nuestra cultura moderna occidental, a toda esa permanente y artificial búsqueda de identidad y felicidad. Mediante sus atroces «pequeñas mentiras», Nasrudín nos ayuda a sacar a la luz la «gran mentira». Poco a poco, desearemos ocupar el lugar de su mejor amigo: su eterno burro.

Pero dejemos a un lado los motivos de nuestra elección y pasemos a analizar algunas historias clave de Nasrudín Hoya con las que podremos captar parte de su contenido filosófico y sus implicaciones para la vida cotidiana. Aunque no podemos tratar aquí todos los temas que cubren sus numerosas historias, intentaremos arrojar un poco de luz sobre algunas cuestiones que nos parecen importantes. Además, incluimos algunas sugerencias sobre la forma en que estas historias pueden servir para la enseñanza de la práctica filosófica, la guía filosófica o el trabajo en consulta.

A modo de pequeño ejercicio de lectura o meditación filosófica, sugerimos a nuestro lector que intente desarrollar su propio análisis personal antes de leer el nuestro, para que así pueda apreciar mejor la diferencia de interpretaciones.

Cómo enseñar: El predicador

Nasrudín se encuentra de viaje y hace un alto en el camino en una pequeña ciudad en la que acaba de morir el imán. Un grupo de fieles que conocen su fama como predicador le ruegan que sea él quien se encargue del sermón del viernes. Pero Nasrudín no tiene ganas de hacerlo, está muy cansado y protesta. La gente insiste y él termina por aceptar. Una vez en el púlpito pregunta: «Queridos hermanos, ¿sabéis de qué voy a hablaros hoy?». Y todo el mundo contesta al unísono: «¡Sí!». A lo que Nasrudín responde: «Muy bien, entonces es inútil que siga aquí por más tiempo», y abandona el lugar. El pueblo, frustrado ante sus palabras, consigue convencerlo nuevamente, a pesar de su resistencia, y cuando una vez más les hace la misma pregunta: «¿Sabéis de qué voy a hablaros hoy?», todo el mundo contesta esta vez: «¡No!». Entonces Nasrudín responde con rabia: «¿Qué puedo hacer con un atajo de infieles y paganos como vosotros?», y abandona la mezquita enojado. Pero una vez más, los fieles, irritados por su comportamiento, consiguen convencerlo otra vez para que pronuncie el sermón, a pesar de sus continuas protestas. Todo el mundo está preparado para su terrible pregunta. «¿Sabéis de qué voy a hablaros hoy?», les pregunta por tercera vez. «¡Sí!», contesta la mitad del auditorio, mientras que la otra mitad del pueblo grita: «¡No!». A lo que Nasrudín responde: «entonces os propongo que los que saben de qué voy a hablar se lo expliquen a los que no saben». Y abandona el lugar.

«El predicador» es una historia muy interesante que muestra en qué consiste la paradoja de enseñar siguiendo el ejemplo socrático. El postulado básico de este tipo

de enseñanza consiste en que el maestro sólo puede enseñar aquello que ya sabe el alumno previamente, lo que implica que, por ejemplo, no merezca la pena enseñarle a alguien si las ideas implicadas no le dicen algo ya, y si así fuera, podría enseñarse a sí mismo. Por esa razón, los estudiantes no necesitan un profesor, como intenta mostrarnos Nasrudín al abandonar por tres veces la asamblea. La única forma que el grupo dispone para enseñarse a sí mismo es a través de la discusión: una especie de enseñanza mutua en la que el estudiante se convierte al mismo tiempo en profesor. Por lo tanto, el maestro perezoso o el profesor idiota son «buenos maestros», puesto que al poner en práctica una mayéutica socrática obligan a sus estudiantes a ser más activos y les «fuerzan» a movilizar su propio conocimiento y a ser creativos. Un buen profesor socrático tampoco explicará nada de esto a sus alumnos: esperará a que ellos lo descubran por su cuenta, porque confía en ellos, a pesar de que aparentemente les trate de forma muy «ruda» que puede herir sus «sentimientos». Y no debería preocuparse si sus alumnos simplemente se quedan en la apariencia de sus enseñanzas: en su pereza. Es un riesgo que hay que correr. No enseñar nada, ni siquiera lo «mejor», garantiza en cualquier caso la comprensión, especialmente cuando hay largas explicaciones.

En nuestro trabajo como filósofos prácticos nos encontramos con muchos interlocutores que actúan como los feligreses de esta historia y esperan de nosotros unas palabras sabias —o incluso la verdad suprema—, especialmente cuando atraviesan dificultades que quieren resolver o simplemente porque desean sentirse embelesados por un «bello discurso». Y se sentirán muy insatisfechos si no consiguen lo que desean, sin darse cuenta de que el «sabio» no está cumpliendo con su deber a propósito. Nuestro trabajo, por el contrario, consiste en enseñarles a confiar en sí mismos, pero no explicándoselo con palabras —ya que así sólo prolongaríamos una pueril relación con la autoridad—, sino planteándoles una paradoja que les haga ser conscientes de su propia heteronomía y del estatuto de minoría de edad que se han impuesto a sí mismos. Esta situación es incluso más aguda en aquellas personas que acuden a nosotros en busca de un consuelo «maternal», demandando un tipo de respuesta suave que les haga sentirse mejor: para ellos, este tipo de comportamiento es realmente intolerable y sólo conseguirá que se sientan rechazados, y puede que con razón. La práctica de Nasrudín es implacable, pero quizás esta falta de misericordia tenga su propia legitimidad y su razón de ser. Aunque este tipo de práctica nos enfade, es posible que a largo plazo nos ayude a pensar de un modo más profundo.

La verdad: La llave

Bien entrada la noche, Nasrudín y su vecino regresan a sus hogares después de un banquete. Mientras intenta abrir la puerta de su casa, a Nasrudín se le cae la llave al suelo. Al oír el ruido, su amigo se acerca para ayudarle a encontrarla. Pero Nasrudín abandona a su amigo en la oscuridad y comienza a buscarla en medio de la calle, que está iluminada gracias a la hermosa luz de la luna. Su vecino le pregunta sorprendido: «¿Por qué estás buscando la llave allí? ¡La has perdido aquí!». A lo que Nasrudín responde: «¡Tú haz lo que quieras! ¡Yo prefiero buscar donde haya luz!».

Circulan diferentes versiones de este famoso cuento, en función del lugar y de la cultura en que nos encontremos. La historia pierde parte de su fuerza y de su significado si cambiamos su contexto, por ejemplo, cuando se la cuenta como «la historia del borracho». El hecho de que proceda de Nasrudín, un sabio de gran

prestigio con apariencia de idiota, invita al lector no sólo a reírse con el chiste sino a ir más allá de la superficie y profundizar en su sentido oculto. En efecto, esta historia sobre la luz y la oscuridad, la llave y la cerradura que hay que abrir, trata claramente del problema de la verdad. Con demasiada frecuencia, cuando nos encontramos en un aprieto, preferimos buscar allí donde creemos que se encuentra el objeto deseado, en lugar de examinar allí donde tenga mejores posibilidades de encontrarlo. La paradoja sería demasiado simple si no fuera porque el ser humano, igual que Nasrudín, busca la verdad en los lugares que le resultan más cómodos, donde preferiría que estuviese, aunque no tenga ninguna posibilidad de encontrarla. Por eso, dependiendo de una u otra interpretación, Nasrudín se está comportando de manera adecuada —aunque parezca un idiota—, o bien está actuando de una forma totalmente estúpida. Puede que en esta incertidumbre se encuentre la clave del asunto: quizás la verdad tenga necesariamente una naturaleza paradójica y nosotros no seamos capaces de distinguir la luz de la oscuridad, puesto que tanto una como otra nos ciegan.

En nuestra práctica filosófica hemos comprobado que la incertidumbre es una de las situaciones más intolerables que el ser humano conoce. Deseamos estar completamente seguros de lo que conocemos. Tenemos muchas ideas y como no nos sentimos completamente seguros, afirmamos que no sabemos, o incluso que no podemos saber, y esta certeza nos produce desesperación. Preferimos el conocimiento seguro de la ignorancia, junto con el profundo sentido de impotencia y resentimiento que le acompaña, a la incertidumbre del conocimiento y la angustia de la indeterminación. Para evitar este problema, la mayoría de nosotros nos aferramos a ciertas ideas o principios que una y otra vez repetimos como si se tratasen de mantras. Y cuando se nos pide que miremos hacia otro lugar y tomemos en consideración otras ideas diferentes, rechazamos con mucha convicción desprendernos de lo que consideramos «nuestras ideas», tan apegados a nuestro caparazón como el caracol que se repliega sobre su concha cuando un objeto extraño parece amenazarle. Nuestra tarea fundamental como filósofos consiste en incitar a nuestro interlocutor para que se permita pensar pensamientos atrevidos y provocadores, pensamientos que solemos etiquetar como «atrevidos y provocadores» simplemente porque no estamos acostumbrados a pensarlos. Denominamos a este proceso «pensar lo impensable». Una vez que estos pensamientos aparecen, el problema consiste en escucharlos, aceptarlos e incluso divertirse con ellos, porque aunque que estos pensamientos proceden de uno mismo, nuestra mente individual se resiste y se burla de ellos para evitar estas ideas y rechazarlas, ya que nuestros propios pensamientos, igual que los hijos no deseados, nos hace sentir incómodos.

Elección: Las dos mujeres

Nasrudín tiene dos esposas, Jadiya, su primera mujer, y su joven prima. Con frecuencia se enzarzan en discusiones sobre cuál de las dos es la preferida de Nasrudín. Insistentemente le preguntan a quién prefiere de las dos, pero Nasrudín evita con mucha prudencia responder a sus preguntas y contesta que él las quiere a las dos por igual. Un buen día las dos esposas consiguen acorralarle y le plantean el siguiente dilema: «Supongamos que los tres viajamos en un barco y las dos nos caemos al agua. ¿A quién de nosotras ayudarías primero?». Nasrudín vacila un instante antes de responder: «Bueno Jadiya, creo que a tu edad deberías saber nadar un poco, ¿no?».

Una vez más, nos encontramos ante una historia que trata un buen número de cuestiones. Aparentemente, Nasrudín es un cobarde que miente para no afrontar los problemas, puesto que «descubrimos» que en realidad prefiere a su esposa más joven, del mismo modo que los niños prefieren su juguete más «reciente». Una forma muy frecuente de mentir consiste en negar que uno posee determinadas preferencias, rechazando el reconocimiento de nuestras propias tendencias y de nuestra subjetividad y evitando tomar cualquier decisión, amparándonos en una cierta neutralidad que nos permita tenerlo todo al mismo tiempo. Elegir implica optar por alguna de las consecuencias posibles y cualquier elección particular implica la finitud del yo. Por lo tanto, Nasrudín se comporta de modo muy humano al declarar que las quiere a las dos por igual. Al mismo tiempo, la otra cuestión paralela de esta historia es la cuestión del reconocimiento, puesto que aunque no nos gusta tener que elegir, por lo menos no de manera consciente, sí nos agrada que nos elijan e incluso deseamos de un modo u otro ser elegidos a toda costa, como las dos esposas del cuento. Ser la persona elegida implica ser alguien especial, fortalece nuestra autoestima y da sentido a nuestra vida. En caso contrario, nos fundimos con la generalidad de la humanidad, experimentando una soledad extrema; perspectiva que equivale a una muerte simbólica. Por consiguiente, ser querido —o su equivalente: ser el primero o ser el único— sigue siendo una de nuestras preocupaciones fundamentales. Pero aunque Nasrudín se comporta como un cobarde —por evitar responder la pregunta de sus esposas—, como un mentiroso —por no admitir su preferencia—, como un machista —por no tener en cuenta la sensibilidad de sus mujeres— y como un bruto —por contestar del modo en que lo hizo—, apunta en realidad de una forma muy profunda hacia la resolución del problema planteado: el concepto clave aquí es la autonomía —saber nadar—. De hecho, Jadiya, por ser la «mayor» de las dos, debería ser más consciente del problema y no buscar tanto el reconocimiento exterior. Debería preocuparse menos de la opinión que los demás tienen de ella, tomar distancia con respecto a sí misma y enfrentarse a la realidad de una manera más autónoma.

Uno de los motivos más frecuentes por el que las personas solicitan la ayuda de un filósofo es la sensación de que su vida ya no tiene sentido. A menudo esta falta de sentido es el resultado de la falta de reconocimiento de los padres, de los hijos, de la pareja, de la sociedad, de los compañeros del trabajo o de los amigos, y lleva aparejada como consecuencia la falta de reconocimiento de uno mismo. Por muchas preguntas que se hagan y por muchas cuestiones que se planteen esta situación se mantendrá durante todo el proceso o se convertirá en el problema principal. Al mismo tiempo, también podemos afirmar lo contrario: que la razón por la que constantemente buscamos reconocimiento es que no aceptamos o no amamos nuestro propio yo. Y esto suele ser así porque tenemos una serie de ideas muy arraigadas sobre cómo deberíamos ser y cómo no somos. El papel del filósofo en todo esto debe consistir, en primer lugar, en desdramatizar la situación, utilizando el principio de realidad para restar importancia al problema y poder así reflexionar sobre él con una mayor serenidad. Especialmente si tenemos en cuenta que cuando se discuten este tipo de cuestiones la persona que las sufre suele estar un poco obsesionada. Somos lo que somos y la vida no es como nos gustaría que fuese. Sabemos nadar, ¿no? A veces olvidamos que sabemos hacerlo y ésa es la razón por la que con tanta frecuencia nos ahogamos en un vaso de agua. Igual que una persona que se está ahogando en el agua, que rechaza ser ayudado y que, movida por el pánico, molesta y amenaza a la mano que le tiende ayuda, la mente que necesita ayuda lanzará todos los palos y piedras de que disponga a cualquiera que se encuentre cerca; lo que sea antes de admitir que todo eso no es más que un gran *Schwärmerei*, como lo llamaba Hegel. Es decir, el bullicio y el ajetreo de emociones turbulentas que se asemejan a pensamientos, pero que en realidad dificultan totalmente cualquier pensamiento real.

Entonces, basándonos en estas premisas, ¿cómo podría un filósofo evitar comportarse de manera franca y ruda? Si para pensar debemos dejar de pensar —excelente principio para usar como guía—, cualquier «discusión amable» (*nice discusión*) en la que nos embarquemos sólo puede reforzar el no-pensamiento. Por lo tanto, el principio de realidad es un maestro y un guía excelente.

Ética y lógica: El gallo

Una pareja de hombres jóvenes con fama de bromistas deseaban gastar una broma a Nasrudín en los baños públicos. Cada uno de ellos coge un huevo, lo esconde y luego le proponen a Nasrudín una apuesta. Todos ellos deben intentar poner un huevo y el que no sea capaz tendrá que desnudarse delante de todo el mundo. Nasrudín acepta, y los dos jóvenes comienzan a mover sus culos, cloqueando como gallinas, hasta que finalmente aparecen dos huevos. Al ver esta proeza, Nasrudín deja caer su toalla, y visiblemente animado por un intenso deseo carnal, comienza a perseguir a las dos «gallinas». Los dos jóvenes, asustados y escandalizados ante lo que ven, empiezan a chillar: «¡Nasrudín! ¿Qué estás haciendo?, ¿te has vuelto loco?». «¡Calmaos, mis pequeñas polluelas!», contesta Nasrudín, «¿cómo vais a ser capaces de poner otra vez un huevo si no permitís que el gallo os monte de nuevo?».

El tema que trata este cuento en realidad es uno de los más importantes de los cuentos de Nasrudín y uno de los más comunes. Nos referimos al problema de la lógica: a la coherencia entre nuestro discurso y nuestras acciones, del sentido —hasta llegar a sus límites—, y a la confrontación con el absurdo y el sinsentido. Una confrontación entre el sentido y el sinsentido que nos explica por qué en un buen número de estas historias, Nasrudín adquiere la apariencia de un lunático, de un idiota, de un demente. ¿Qué está pasando aquí? Dos personas quieren ser listas, más listas que una tercera, y quieren conseguirlo haciendo que el otro quede como un imbécil, y demostrar así su inteligencia a sí mismos y al resto del mundo. Pero el tiro les sale por la culata, puesto que Nasrudín sigue su «juego» hasta un punto en el que ellos mismos comienzan a dar marcha atrás y a arrepentirse: temen por ellos mismos y las normas éticas se han volatilizado. ¡Quién sabe lo que puede suceder ahora! La reacción del «maestro» consiste en enseñar, no con palabras y explicaciones, sino con acciones; con acciones desagradables, dramatizándolas si es preciso, pues esto les hablará más, de un modo más eficaz y sorprendente. En este caso, Nasrudín corre detrás de sus «estudiantes» con el fin de sodomizarlos en público. Ellos pensaron que él tendría miedo de mostrar su desnudez y, sin embargo, al ponerse él mismo al descubierto, los desenmascara a ellos.

Nos encontramos aquí con el núcleo de la antifilosofía. En lugar de demostrar, Nasrudín muestra. La inmoralidad o la estupidez de la iniciativa de los bromistas no se denuncia mediante algún tipo de conferencia o discurso racional, sino a través del desarrollo de un curso de acción todavía más tonto e inmoral que el anterior, a pesar de que algunos lectores modernos «tolerantes y liberales» (*open-minded*) puedan pasar un mal rato con este aspecto de las cosas. Irónicamente, existe una dimensión farisaica en estos dos hombres, muy típica del comportamiento inmoral: ¿Quién sino un inmoral puede estar más dispuesto a denunciar la inmoralidad, tal como ellos terminan haciendo? ¿No es acaso una forma hermosa y fácil de fingir, o de reconquistar, cierta «virginidad»? O simplemente porque uno no tiene valor de imaginar o llevar a cabo las consecuencias de sus propias acciones. «¡Esto ha ido

demasiado lejos!», dirán ellos: se han quedado de piedra, como si ellos no tuvieran la culpa de nada. Nasrudín actúa aquí como un filósofo cínico, que al funcionar como un espejo deja al descubierto y amplifica un determinado modo de pensar. La auténtica moralidad se burla de la moralidad.

El mayor obstáculo que puede encontrar el filósofo en la consulta consiste en ese fenómeno denominado como «buena conciencia», aunque esta «buena conciencia» tenga su imagen especular: la «mala conciencia». Con frecuencia, la conciencia moral —una facultad fundamental— es contraria a la consciencia, a pesar de que curiosamente en un buen número de lenguas románicas sólo exista una palabra para designar estos dos fenómenos. Desde el momento en que adjudicamos la etiqueta de «malo» a algunos de nuestros pensamientos y acciones, rechazamos contemplarlos por lo que son. Queremos sentirnos bien, deseamos sentir la sensación de que vamos por el buen camino, de que hacemos «bien» las cosas, de que estamos del lado de «los buenos», mientras que los «chicos malos» se encuentran en el otro bando. Como resultado de esta presión, sea ésta de origen personal, familiar o social, el sujeto no se atreve a pensar lo que piensa, no quiere reconocer sus propios pensamientos o renuncia enjuiciarlos. Existe una forma poderosa de auto-rechazo, un rechazo de nuestros propios pensamientos o deseos para someterse simplemente a los principios o valores establecidos. Nasrudín puede ser aquí muy útil, puesto que nos invita a liberar nuestro pensamiento y nuestras acciones, nos incita a abandonar, al menos momentáneamente, nuestro temor a las miradas y a las críticas de los «otros». Si deseamos complacer a los otros, parecer más inteligentes o más buenos, tenemos también la posibilidad de pensar y actuar de forma estúpida e inmoral, incluso si los «otros» nos recompensan con el premio que estábamos esperando. Las convenciones son un pacto con el que todo el mundo se pone de acuerdo para actuar y pensar del mismo modo, y de este modo felicitarse unos a otros. Para pensar con libertad no debemos simplemente denunciar sistemáticamente las convenciones; con ello sólo estaríamos equiparándonos con el comportamiento reactivo de un adolescente. Es necesario que examinemos las convenciones sociales, reconozcamos su estatuto, evaluemos los pros y los contras y determinemos «libremente» si merece la pena que las obedezcamos. A menos que uno sea capaz de violar la ley de algún modo, ésta sólo será el reino del terror, puesto que ninguna ley (moral o legal) puede ser absoluta. Por lo tanto, deberíamos aprender a respetar la ley, aprender a quebrantarla y fundamentalmente aprender cuando cada caso es apropiado y necesario. Al menos, desde la perspectiva de la consulta filosófica, tal y como nosotros la entendemos.

Con respecto a la lógica, el elemento más interesante de esta historia es que la lógica, que normalmente se concibe como una restricción que «limita» nuestro pensamiento, se utiliza aquí como un instrumento crucial para llegar a ser conscientes de nuestra forma de pensar. Puesto que si prolongamos el curso «lógico» de cualquier perspectiva, tal como hizo Nasrudín, podremos comprender mejor su valor y su significado. Deberíamos estar dispuestos a pensar nuestras ideas, por muy absurdas que éstas sean, en lugar de cerrar los ojos con racionalizaciones pseudo-razonables que sólo buscan proteger nuestras buenas intenciones. Tenemos que transgredir ciertos principios muy arraigados, por ejemplo, la prohibición de exagerar. La proyección «lógica» de nuestras propias ideas, por muy absurdas que éstas nos parezcan, constituye siempre un experimento mental liberador e instructivo, un procedimiento simple y muy eficaz para el filósofo práctico (*philosophical practitioner*). Esto es lo que los dos jóvenes deberían haber aprendido de su maestro.

La culpa: El turbante

Nasrudín se encuentra de viaje, se le hace de noche y decide alojarse en una posada. Sólo queda una habitación libre con dos camas y una de ellas ya está ocupada. «No me importa», dice nuestro hombre. «Sólo despiérteme al amanecer, pues mañana tengo que levantarme muy temprano. Y por favor no se vaya a equivocar, yo soy el que lleva el turbante», añade, mientras lo coloca en la silla que hay junto a la cama. Cuando llega el alba, Nasrudín se viste apresuradamente y se marcha en su burro. A medio día, divisa una fuente y se dispone a saciar su sed. Pero cuando se agacha para beber, contempla su reflejo en el agua y descubre que su cabeza está desnuda. «¡Qué posadero tan imbécil!», exclama irritado, «mira que se lo dije expresamente: despierta al hombre del turbante. ¡Y ha despertado a la persona equivocada!».

«Yo estoy en lo cierto y el mundo está equivocado», o «es por su culpa», es un tema recurrente del corpus nasrudiniano, que nos iluminan sobre un hábito mental muy típico de los seres humanos. Y muy especialmente cuando esta perniciosa costumbre tiene lugar en el contexto de una actividad muy intensa, cuando esos pequeños seres ocupados en que nos hemos convertido no disponemos de tiempo para pensar, cuando no nos tomamos el tiempo necesario para pensar. El «otro» es la excusa más socorrida, como cuando éramos niños pequeños y exclamábamos: «¡Él me obligó a hacerlo!». Otra forma también clásica es el síndrome de Casandra: «¡Se lo dije, pero no me escucharon!». La forma del «argumento», su «lógica» interna, parece muy coherente. Después de todo, Nasrudín le dijo al posadero que despertase a un hombre con turbante y no lo hizo, pues despertó a un hombre sin turbante. ¡Es que ya no puedes fiarte de nadie! ¿Qué es lo que aquí está en juego, además del problema de no asumir nuestra responsabilidad personal y de no tomarnos el tiempo suficiente y la libertad de pensar? Una vez más, nos encontramos con la cuestión de la universalidad, la objetividad, la razón y la realidad. Cada uno de nosotros tiende a producir un discurso que se amolda perfectamente a nuestras circunstancias y que nos hace sentir cómodos. Este discurso al que ya nos hemos acostumbrado —pues ni siquiera tenemos que pensar en él— mana de nosotros de forma natural, como un mecanismo de defensa o como una especie de *conatus*¹ de nuestro yo que ansía sobrevivir y opta por protegerse a sí mismo. Estamos preparados para pensar y decir cualquier cosa con tal de racionalizar nuestro pequeño yo y la imagen que éste proyecta. Y si alguien se atreve a interrumpir nuestro discurso, replicamos afirmando que lo que dice no tiene ningún sentido, o que proviene de su reducida subjetividad, mucho menos legítima que la nuestra: simplemente, es su opinión. La suya contra la nuestra.

La ayuda que Nasrudín proporciona al filósofo práctico consiste en entender la discrepancia que existe entre cualquier «razón particular» y la razón en sentido más amplio, ésa que, según Descartes, era «la cosa mejor repartida del mundo». Cuando una persona acude a un filósofo esboza una racionalidad «hecha en casa», una especie de arquitectura personal en la que habita y de la que no es más que un prisionero ciego. Por ello, la función del filósofo práctico consiste en invitar a su interlocutor a salir momentáneamente de sí mismo, proponiéndole que conciba un yo imaginario que piense de otra forma o sugiriéndole que mantenga una conversación con su vecino, con el hombre de la calle o con un grupo de personas. En ese momento podemos esperar que nuestro consultante se dé cuenta de la arbitrariedad o

¹ (N. del T.) Según Spinoza, el *conatus* es «el esfuerzo por perseverar en su ser» que posee cada ser vivo, y especialmente el ser humano; es decir, la capacidad intrínseca de poder actuar y pensar.

insensatez de sus ideas y de las limitaciones de su postura. Si por alguna razón —que al asesor filosófico pueden parecerle o no legítimas— el interlocutor desea mantener su posición, lo hará siendo más consciente de ella. Y ahí está el meollo de la cuestión. Por lo tanto, lo que pedimos a nuestros consultantes es que se desdoble, tal como Hegel nos invita a hacer, como condición para poder ser conscientes: para pensar debemos vernos a nosotros mismos pensando. La mente debe convertirse en un objeto para sí misma, sobre la que poder actuar. La mente debe atreverse a observarse a sí misma pensando, en particular en cada uno de esos pequeños razonamientos que fabrica con tanta maestría. La función del filósofo no es otra que la de crear las condiciones de esta visibilidad.

El golpe de gracia

En el personaje de Nasrudín hay una gran paradoja: se comporta de forma terrible con nosotros, es devastador e implacable con nuestro ego y, sin embargo, le tenemos aprecio. En una época donde reina la corrección filosófica, donde se supone que debemos ser amables (*nice*) con todo el mundo y conseguir que sean felices, y donde abundan los discursos éticos —probablemente porque hay muy poca ética—, nos topamos con un personaje que no «valora» al individuo ni intenta que éste sea feliz. Para él filosofar consiste en mostrar la insignificancia de los hombres, esos seres ciegos y egocéntricos. Pero entonces, ¿por qué permitimos que nos haga ese tipo de críticas despiadadas, que no aceptaríamos ni siquiera que nos hiciera nuestro mejor amigo? Quizás porque sabemos que él es igualmente implacable consigo mismo, lo que lo convierte en nuestro propio hermano, en nuestro mejor yo. Un hermano que se inmola a sí mismo para mostrarnos lo estúpidos que somos, que se ríe de sí mismo para reírse de nosotros; una frustrante y divertida forma de compasión. Como una especie de Cristo al revés, como alguien que lleva hasta sus últimas consecuencias la ironía socrática, como un cínico con sentido del humor, Nasrudín lleva sobre sus hombros todas las mentiras, toda la estupidez y toda la mediocridad de la especie humana. Debemos tener mucho cuidado para no convertirlo en un mártir, pues corremos el riesgo de que el propio Nasrudín se burle de una idea tan tonta y sentimental: ¡otro truco más que inventamos para sentirnos bien! Al mismo tiempo, dejádnos tener ideas estúpidas sobre su figura. A nosotros nos parece que la perspectiva nasrudiniana no consiste tanto en que los hombres dejen de ser idiotas algún día, sino más bien en que sepan un poco mejor lo enormemente idiotas que son. No se trata de suprimir la insensatez, puesto que no existe ningún modo de curarla, o porque tampoco hay nada que curar...

No nos queda más que contemplar el maravilloso espectáculo de la patología (en un sentido filosófico) y disfrutar de ella como si estuviéramos ante una obra de teatro, una pieza de guiñol o una de títeres. Disfrutemos de la comedia de los errores, riámonos con el drama humano. Hay mucho que hacer con muy poco. Ése podría ser un título excelente. Así que sigamos siendo idiotas y divirtámonos. Quizás pueda surgir algo de valor de todos estos chistes y risas.

MÁS HISTORIAS DE NASRUDÍN (seleccionadas y adaptadas por el autor)

El dolor de muelas

Nasrudín sufre un terrible dolor de muelas, pero está demasiado asustado para ir al barbero a que le arranque la muela. Su vecino, impresionado por su enorme moflete hinchado, le pide que abra la boca. «¡Por Alá, qué infección! Si tu muela estuviese en mi boca, haría que me la quitaran ya mismo». Y Nasrudín contesta: «Y yo también, por supuesto».

El invitado

Una vez más Nasrudín se las arregla para entrar en un banquete donde no ha sido invitado. El anfitrión se ha percatado de su presencia y le pregunta: «¿Qué estás haciendo aquí, Nasrudín? Que yo sepa, no te he invitado a este banquete». «Bueno, Omar, que tú te hayas olvidado de tus obligaciones no implica que yo me olvide de las mías».

El poeta

Un hombre con ínfulas de poeta le pide a Nasrudín que juzgue algunos de sus poemas. Después de escuchar pacientemente su larga declamación Nasrudín le dice abiertamente lo que piensa de su obra: «es ampulosa, ostentosa y vana». Cuando oye estas palabras, el autor enrojece de ira e insulta a Nasrudín con todo tipo de epítetos durante cinco minutos. Una vez que el poeta logra calmarse, Nasrudín le comenta: «Tu poesía es atroz, pero tu prosa es excelente».

Ignorancia

Un hombre estaba celoso de la fama de sabio que tenía Nasrudín entre el pueblo. Para desafiarle y probar que él es mucho más sabio, le manda una lista de cuarenta preguntas muy difíciles. Nasrudín las toma y, una por una, contesta: «No lo sé». Su esposa Jadiya, una mujer práctica, al ver esto le preguntó: «Puesto que no sabes ninguna de las respuestas, ¿por qué no contestas con un único «no lo sé», en lugar de repetirlo una y otra vez?». A lo que Nasrudín responde: «¡Mujer desagradecida! ¿No ves que este pobre hombre ha invertido todo su esfuerzo intentando transmitirme su conocimiento? Lo mínimo que puedo hacer, por pura cortesía, es transmitirle mi ignorancia».

Un buen trato

Nasrudín trabaja ayudando a las personas a cruzar el río sobre sus espaldas. Cinco ciegos desean contratarle y le preguntan por el precio del peaje. «Cinco monedas», responde él. Carga cuatro de ellos sin problemas hasta la otra orilla, pero el quinto es muy pesado y nuestro hombre se está cansando. El quinto ciego se cae al

río y es arrastrado por la corriente hasta ahogarse. Los otros ciegos, que han oído sus gritos, preguntan si hay algún problema. «Ninguno —contesta Nasrudín—; al contrario, ahora tenemos un trato mucho mejor: el viaje sólo os costará cuatro monedas».

El primero

A media tarde, cuando todo el mundo está durmiendo la siesta con las persianas cerradas, Nasrudín se encuentra en mitad de la plaza del pueblo bajo un sol de justicia. Al verle, un vecino le pregunta que está haciendo ahí parado, arriesgándose a sufrir una insolación, cuando allí no sucede nada interesante. Nasrudín le contesta: «Cierto, pero en el caso de que suceda algo, ¡quiero ser el primero en saberlo!».

Palabras

Alí quiere que Nasrudín le preste su burro. «Mi burro no está aquí», responde él. Pero Alí escucha el rebuzno del burro que sale de la casa. Alí le recrimina: «¡Qué tipo de amigo eres tú, que afirma que su burro no está aquí, cuando yo lo oigo rebuznar desde el corral!». Y Nasrudín le responde: «¡Y tú! ¡Qué clase de amigo eres tú, que prefieres creer a mi burro antes que creerme a mí!».